

za con suma veneracion ante el respetable padre Homero; pero si queremos reducir á la mayor perfeccion la poesia epica y la eloquencia oratoria, deberemos apartarnos algo mas de los exemplos de Homero, que de los de Eschines y Demostenes. Alabense en hora buena Sofocles, y Euripides; pero Xenofonte y Platon tendran tal vez igual derecho á no inferiores elogios. Lisias, Isocrates, Aristoteles, Teofrasto y tantos otros oradores, filosofos é historiadores han dado tal variedad y finura á la eloquencia griega, que las prosas griegas pueden tomarse por exemplares de escritores prosaycos, tan justamente como se proponen las poesias griegas á los poetas. Pero la eloquencia griega no supo conservar por mucho tiempo su vigor, empezó á mudar de estilo, y perdiendo los solidos y magestuosos adornos, obscureció su esplendor, y vió disminuirse la fuerza de su poder: con el reyno de Alexandro cayó el reyno de la eloquencia.

● Quales, pues, hayan sido las causas de

es-

esta decadencia; qual el nuevo gusto que la ocasionó; y á quien deba atribuirse la introduccion, no lo veo bien examinado, ni por los antiguos ni por los modernos, y creo que pueda merecer muy bien nuestras diligentes pesquisas.

Para hacer mejor esta investigacion es preciso reflexionar, que aunque los poetas y los historiadores empezasen á escribir en las regiones del Asia, y aunque el arte retorica tuviese su origen en la Sicilia, sin embargo la verdadera eloquencia solo adquirió vigor en Atenas, y todos los celebrados oradores, todos los eloquentes filósofos ó nacieron ó se criaron en aquella afortunada ciudad. Ciceron observa (a), que en la Misia, en la Caria y en la Frigia, provincias nada pulidas y elegantes, se introduxo un estilo acomodado á sus oidos, y un genero de diction obesa y engrasada, por decirlo asi; y en otra parte (b) reprehende generalmente en los Asiaticos una excesi-

Causas de
la decaden-
cia.

(a) Orat. VIII. (b) LXIX.

va redundancia de vanas palabras , buscadas solo para llenar el numero de la oracion , seguido por ellos con mucho ardor , y en los Sicilianos un estilo humilde y baxo por la particion y el truncamiento de los periodos ; de modo que en su concepto solo los Atenienses gozaban de un fino oido , justo y sincero juez de la verdadera elegancia. Quintiliano , recorriendo las varias clases de estilo , dice , que los Atenienses , pulidos y limados , nada podian sufrir que fuese superfluo y redundante , é impropio de la mas delicada exâctitud ; pero al contrario los Asiaticos , por su propia jactancia y vanidad , gustaban de una locucion hueca é hinchada ; y los Rodios , habiendo desde el principio logrado la instruccion del atico Eschines , y degenerando despues algun tanto por la vecindad del Asia , tenian un genero de estilo que participaba del gusto ateniense , y del peregrino y extrangero. Asi que es preciso confesar , que Atenas debia mirarse como el verdadero trono de la eloquencia , y que fal-

tan-

tando esta en aquella ciudad , mal podia sostenerse en los otros pueblos griegos. Ahora pues , en Atenas la constitucion del gobierno , y el fino gusto de los particulares habian hecho que reynase la oratoria , y la cultura y delicadez de la lengua , y de todas las artes liberales. De aqui provino que desde Solon hasta Demetrio Falereo no faltasen á los Atenienses excelentes oradores , que expusiesen al pueblo todas las gracias de su arte ; y los filósofos , que se formaban en las escuelas de Atenas , unian á las especulaciones científicas los adornos de la eloquencia. Pero despues del reynado de Alexandro comenzó el pueblo ateniense á sufrir el yugo de los Príncipes extrangeros , y á perder su influencia en los negocios politicos , con lo que faltaban á los oradores argumentos que inflamasen su entusiasmo , y los estimulasen á cultivar las gracias y los atractivos de la eloquencia. Alexandro , dice Seneca (a) , quitó á las

ciu-

(a) Epist. XCIV.

ciudades de la Grecia lo mejor que tenían, la libertad á los Lacedemonios, la eloqüencia á los Atenieses. *Quod cuique optimum est eripuit (Alexander). Lacedaemona servire jubet, Athenas tacere.* La extrangeta dominacion, ora de los Macedonios, ora de los Acheos, y finalmente de los Romanos, introduxo no poca variacion en la lengua, en el gusto y en la delicadez de los Atenieses, quienes con el imperio de aquellas gentes, recibieron tambien parte de su barbarie. La doctrina de los Atenieses se fue extinguiendo enteramente, y solo quedó en Atenas el domicilio de los estudios, que abandonados de los ciudadanos eran freqüentados por los extrangeros. *Athenis, dice Ciceron (a), jamdiu doctrina ipsorum Atheniensium interiit, domicilium tantum in illa urbe remanet studiorum, quibus vacant cives, peregrini fruuntur, capti quodam modo nomine urbis, et auctoritate.* Esta concurrencia de

(a) De Orat. III, XI.

forasteros, y el descuido de los Atenieses, hizo que se perdiere mucha parte de la delicadez y pureza de la lengua, y perjudicó por lo mismo á la elegancia del estilo, y á la fuerza de la eloqüencia. Los mismos estudios filosoficos, que en aquellos tiempos se cultivaban, contribuyeron no poco á esta decadencia, puesto que entonces florecieron Zenon y Epicuro, y formaron las nuevas sectas de estoycos y epicureos; y estos nuevos filósofos, tanto estoycos, como epicureos, segun repetidas veces observa Ciceron, por su doctrina, y por su metodo y costumbres, podian prestar poco auxilio á la eloqüencia popular. Dionisio de Halicarnaseo se lamenta (a) de que los filósofos estoycos, y singularmente Crispo, fuesen tan rusticos é incultos en la composicion de las palabras, que solo de decirlo se avergonzaba; y de que quanto mayor cuidado ponian en las artes dialecticas, tanto mayor descuido manifes-

Tom. V.

D

ta

(a) De nom. comp. (1) (2) (3) (4) (5) (6) (7) (8) (9) (10) (11) (12) (13) (14) (15) (16) (17) (18) (19) (20) (21) (22) (23) (24) (25) (26) (27) (28) (29) (30) (31) (32) (33) (34) (35) (36) (37) (38) (39) (40) (41) (42) (43) (44) (45) (46) (47) (48) (49) (50) (51) (52) (53) (54) (55) (56) (57) (58) (59) (60) (61) (62) (63) (64) (65) (66) (67) (68) (69) (70) (71) (72) (73) (74) (75) (76) (77) (78) (79) (80) (81) (82) (83) (84) (85) (86) (87) (88) (89) (90) (91) (92) (93) (94) (95) (96) (97) (98) (99) (100)

taban en la armonía de la oracion. De los epicureos dice Plutarco (a), que si alguna vez escribian de la retórica era unicamente para exhortar á los otros á no hacer uso de ella. Ahora pues, dominando en aquellos tiempos en Atenas la filosofia estoyca y la epicurea, ¿qué podía esperarse sino un miserable abandono de la eloqüencia griega?

Demetrio Falereo falsamente culpado del corrompimiento de la eloqüencia griega.

Pero ¿quál fue la depravacion que sufrió la eloqüencia griega? ¿y quién podrá llamarse el primer corrompedor? Ciceron atribuye á Demetrio Falereo la corrupcion de la oratoria por excesiva mollicie y suavidad. *Hic primus dice (b), inflexit orationem, et eam mollem teneramque reddidit; et suavis sicut fuit, videri maluit, quam gravis, sed suavitate ea qua perfunderet animos, non qua perfringeret; et tantum ut memoriam concinnitatis suae, non (quemadmodum de Pericle scripsit Eupolis) cum delectatione aculeos etiam relinqueret in animis eorum, à quibus*

(a) *Adv. Colot.* (b) *De ch. Orat. IX.* (c)

bus esset auditus. Apoyados solo al dicho de Ciceron, atribuyen universalmente los criticos á Falereo el corrompimiento de toda eloqüencia, y lo hacen autor del pervertimiento del antiguo estilo de los escritores griegos, é introductor del nuevo. Pero yo dudo mucho de la verdad de esta opinion, por mas que esté apoyada con la gravísima autoridad del maestro de la eloqüencia romana; y me atrevo á proponer á los lectores eruditos algunas razones de mi duda, esperando que puedan acarrear alguna luz á la historia de los progresos de la eloqüencia griega. Me parece que se requieren tres circunstancias para poder atribuir á Demetrio la corrupcion de la eloqüencia por excesiva mollicie y suavidad, segun el juicio de Ciceron. Es preciso que en los tiempos anteriores á Demetrio, no se usase una locucion blanda y afeminada que debilitase y enflaqueciese la oracion; es preciso que Demetrio haya usado esta locucion, y que haya sido el primero que la pusiese en uso; y es preciso finalmente que la depravacion

que se siguió despues de Demetrio en la eloqüencia griega, deba atribuirse á dicha molicie y floxedad. Exâminemos algun tanto estos puntos, que nos harán ver los pasos que siguió la eloqüencia en la erudita Grecia, y nos darán tal vez mas exâctas ideas de las vicisitudes de la eloqüencia griega, que las que se tienen comunmente. Los primeros escritores de prosa solo atendian á expresar de qualquier modo que fuese sus propios pensamientos, sin cuidarse de darles adorno alguno. Aristoteles en la *Retorica* (a), y Demetrio en el librito *De la elocucion* dicen, que los antigüos usaban de una oracion demasiado suelta y desencadenada, sin el giro y la rotundidad del periodo, sin adorno y sin armonía; y traen por exemplo un fragmento de la historia de Ecateo Milesio. Vinieron despues Gorgias, Trasimaco, Polo y otros sofistas, y cargaron de tal modo la diction de estudiados adornos, que no podia adquirir fuer-

Estilo afe-
minado de
los sofistas.

(a) Lib. III, cap. XI, y en otras partes.

fuerza alguna, ni gravedad oratoria, y antes bien parecia ridicula y pueril á las personas de fino gusto. Gorgias es tenido ^{Gorgias.} de los antigüos por el inventor de este estilo, y de la demasiadamente estudiada manera de decir; gorgianos se llamaban los excesivos adornos, las figuras melindrosas, y las afectadas expresiones; y por mas que mucho tiempo antes corriesen por la Grecia los sofistas, sin embargo Gorgias era llamado el verdadero padre de ellos, como lo era Eschilo de los tragicos. Ciceron (a) nos refiere el gran cuidado que manifestaba poner Gorgias en la eleccion del sonido y numero de las palabras, y quanto se complacia en las antitesis y en otras figuras. Aristoteles dice (b), que habiendo sido los poetas, como era natural, los primeros en adornar y animar el estilo, y habiendo por este medio adquirido no poca gloria, la diction poética fue la primera que obtuvo la aprobacion y los aplausos

(a) Orat. XLIX, et L. (b) Lib. III, cap. II.

sos de los oyentes ; y tal dice haber sido la oracion de Gorgias. Demetrio reprehende como vicioso el estilo de Gorgias, por haber sido excesivamente periodico, y cita por exemplo de prosa periodica, y nada menos numerosa que la poesia de Homero, los discursos de Gorgias y de Isocrates. Nosotros conservamos todavia algunos pedazos oratorios de Gorgias, que nos proporcionan la ocasion de formar por nosotros mismos juicio de la eloquencia de aquel celebrado padre de los sofistas ; y podemos libremente asegurar, á pesar de la contraria y gravissima autoridad del respetable Ciceron, que con poco fundamento se querrá culpar á Demetrio de haber sido el primero que truncó y debilitó la oracion, quando tanto tiempo antes de él se oian con ruidosos aplausos las desencadenadas, débiles y pueriles oraciones de Gorgias. Los defectos de la eloquencia gorgiana no murieron con el autor, sino que reynaron con credito en las escuelas de los mas famosos sofistas. Dionisio

nisio Halicarnaseo observa, que no solo Gorgias, sino tambien Polo, Licino y otros retóricos, hicieron desmedido uso de antitesis, de paranomasias y de otras figuras que él llama teatrales (a). Se evitaba el uso de palabras populares y comunes, y solo se buscaban las desusadas y poéticas y metáforas, hipérbolas, figuras y juegos de ingenio formaban las delicias de los profesores de la eloquencia griega ; y en vez de una sana dulzura, que deleytase y penetrase los ánimos de los doctos oyentes, se oia un estilo fastidioso que causaba tedio y hastío á los delicados paladares. Lisias, en concepto de su panegirista Dionisio Halicarnaseo (b), tuvo el mérito de corregir estos defectos de sus predecesores, y de introducir en las oraciones una locucion mas oportuna, mas solida y mas digna de la gravedad oratoria. Acaso Tulio puso solo la consideracion en Lisias y en los otros oradores, y no pensó en los

(a) De Thuc. Hist. Jud. (b) In Lyxia. (c)

los sofistas, quando siguiendo el curso de la eloquencia griega atribuyó á Demetrio el origen de su decadencia, y creyó que fuese este el primero que corrompió y debilitó la fuerza oratoria. Pero por mas restricciones que se le quieran dar al dicho de Ciceron, nunca podré reconocerlo por absolutamente verdadero: ni los mas celebrados oradores griegos pueden llamarse enteramente exentos de aquella delicadez y molicie, y de aquellos dulces defectos que reprehende Ciceron en Demetrio. Sea en buen hora cierto que ni Antifonte, ni Andocides, ni Lisias, ni otros oradores anteriores ocasionaron con estudiados melindres algun perjuicio á la fuerza y gravedad oratoria; ¿pero cómo podrá defenderse á Isócrates de semejante defecto? Mas adelante texerémos con gusto los bien merecidos elogios á la eloquencia de Isócrates; pero ahora no podemos callar á nuestro proposito lo que ya insinuamos en otra parte (a), que por

Isocrates.

mas

(a) Tom. I, c. VI. *De Demetrio*

mas que quiera tenerse por elegante y culto orador al célebre Isócrates, él, con mas razon que Demetrio, puede decirse que fue el primero que debilitó la eloquencia, y puede llamarse el autor de aquella dulzura y suavidad que se quiere considerar como la corrompedora de la eloquencia. Por mas estudiado y repulido que se crea á Demetrio, me parece que no puede imaginarse oracion mas tierna y afeminada que la que usa repetidas veces Isócrates. Dionisio Halicarnaseo (a) nos presenta á este orador muy ocupado en escoger con estudiada atencion las mas suaves y armoniosas palabras, y colocarlas con arte en el lugar mas oportuno, y en buscar en sus oraciones la sonoridad música. Quintiliano le hace ir en busca de todas las gracias, y de todos los halagos de la locucion, y lo presenta como tan diligente en la composicion del estilo, que su excesivo cuidado no podia librarse de la reprehension de

Tom. V.

E

los

(a) *In Isocrat.*

los lectores doctos é imparciales. No quisiera parecer sobrado aspero y austero contra el suavísimo Isócrates, refiriendo el juicio que de su eloquencia nos dexó el crítico Hermógenes. Excesivamente cuidadoso, dice él (a), en la exáctitud de los ornatos, y en la medida de la oracion, si quiere á veces usar de la vehemencia y de la acrimonia la trunca y debilita con su excesivo cuidado. No hay que buscar en él impetu y fuerza; mas tiene, siendo haberlo de decir, mas tiene de humilde, debil y abatido, y generalmente de viejo y escolastico: privado por su naturaleza de un cierto ayre de verdad, todo es afectacion, y haciendo pompa de sus estudiadas sentencias, se entrega á inútiles y ociosas palabras. El abate Auger, que recientemente ha dado una docta traduccion de muchas oraciones de Isócrates, comparandolas con otras de los mas eloquentes hombres de la Grecia, por mas que se haya dexado

(a) *De form. Or. lib. II.*

llevar del entusiasmo de traductor, de panegirista y de apologista de aquel orador, no puede purgar de toda mancha á su venerado héroe, ni ponerlo á cubierto de muchas acusaciones, ni aun se atreve á negar que por su excesivo cuidado en compasar las palabras, en evitar con pueril estudio la concurrencia de las vocales, y en terminar los periodos con armoniosa cadencia, no haya hecho lenta y pesada la oracion, y haya enflaquecido y enervado el estilo. Este vicio que nosotros encontramos todavía en Isócrates, lo reconocian los antiguos igualmente en sus discipulos, y formaba, por decirlo asi, el carácter de la eloquencia de la escuela isocratica. El crítico Halicarnaseo dice generalmente (a), que los imitadores de Isócrates, que procuraban expresar sus delineamientos, se hacian lánguidos y frios, sin fuerza de conmocion, y sin apariencia de verdad. Teopompo, el mas illustre discipulo de Isócrates, se halla notado por

E 2

De

(a) *In Dinarco.*

Demetrio de incapaz de decir con fuerza las cosas fuertes ; y si este era el estilo de Teopompo, tan vehemente é impetuoso en concepto de Isócrates , que antes debia refrenarse que espolearse , ¿ qual habrá sido el de Eforo tan quieto y sosegado , que no necesitaba de brida y freno , sino de espuela y aguijon ? Pausado y lento , lánguido y falto de fuerza y energía nos lo presentan Dion Crisostomo (a) y Suidas. Plutarco (b) no duda dar el nombre de oracioncillas , y de artificiosos periodos á las oraciones de Eforo , de Teopompo y de Anaxímenes, y llamarlas frívolas é ineptas. Y finalmente Longino , como ya hemos dicho en otra parte (c), juzga que los discípulos de Isócrates , por querer ser sobrado exáctos y ataviados en la oracion , perdian el ímpetu y la vehemencia. De donde se infiere que mucho antes de Demetrio se oyó en Atenas aquella molicie y suavidad de estilo que Ciceron cree haber él

(a) *Orac. acerca del exercicio del decir.* (b) *Præc. de gub. repub.* (c) Tom. I, c. III.

él introducido muchos años despues. Demetrio Falereo.
beria ahora exâminarse si Demetrio realmente incurrió en este defecto , de que lo reprehende Ciceron ; pero no teniendo sus oraciones ni las otras obras suyas, mal podrémos formar juicio de la fuerza ó debilidad de su estilo. El librito *De la elocucion* , que corre baxo su nombre, se tiene comunmente por obra de otro Demetrio ; pero aunque con Pedro Victorio y con otros se quiera atribuir al Falereo , no veo qué argumento puede sacarse de él en comprobacion del dicho de Tulio ; y antes bién, encontrando que repetidas veces se enardece contra la estudiada dulzura de Isócrates , deberémos pensar que estuviese el autor muy lejos de caer en el vicio que tan frecuentemente reprehende en otros. Pero dexando aparte esta obra , que se cree ser de otro Demetrio , y sin entrar en el exâmen , que ahora no podemos hacer , de las del Falereo , solo diré que no veo griego alguno antigüo que le atribuya el principio del corrompimiento de la eloquencia